

GARCÍA LORCA EN SU ESPAÑA

I

Me propongo en este trabajo situar a Federico García Lorca en la España última en la que le tocó vivir y morir. Pero antes haremos un breve recorrido por su vida y nos detendremos en algunos frutos de su inmensa obra. Inmensa por su calidad, aunque lo es también cuantitativamente si se piensa que fue realizada en el curso de apenas quince años, desde comienzos de la década de los veinte hasta mediados de los treinta. Por si no hubiera motivos suficientes para condenar el crimen en su Granada, como subrayó Antonio Machado, bastaría este dato: el haber truncado la obra de un altísimo creador, a los treinta y ocho años, en plena actividad creadora, y cuando —no obstante los grandes frutos de ella en la poesía y el teatro— estaba muy lejos de haber dado todo lo que su genio podía dar en los veinte o treinta años que ya no pudo vivir.

Recordemos a grandes zancadas los principales momentos de la vida y la obra de este genial andaluz que nace en el pueblo granadino de Fuentevaqueros en 1898 y muere fusilado en la madrugada del 19 de agosto de 1936.

II

Saltemos a 1919. Es el año en que se traslada de su tierra granadina a la Residencia de Estudiantes de Madrid, una institución liberal de aire europeizante, en la que Federico estrena sus primeras amistades literarias y artísticas. Allí se hace amigo de Luis

Buñuel, el que habría de ser famoso director de cine, muerto en México como exiliado; en la Residencia trabaría amistad también con el que más tarde sería gran pintor y genial publicista, Salvador Dalí, y se hace también amigo de otro gran poeta andaluz, nacido en Málaga y muerto en el exilio, Emilio Prados.

En la Residencia de Estudiantes que, como foco intelectual era mucho más que lo que su nombre anunciaba, Lorca vive ocho años, o sea, hasta 1928. Su estancia en ella influye mucho en él. No como estudiante, que Lorca nunca fue bueno, ni siquiera en las clases de literatura. Y mucho menos en los cursos de derecho, carrera que su padre le insistió que siguiera para que fuera “un hombre de provecho”. La Residencia influye en él por los nuevos espacios que abre en su vida y en su formación, por los contactos literarios que tiene en ella y por los que, durante su estancia, mantiene con el pueblo de Madrid.

Algunos de los que le trataron entonces han dejado un retrato de él no sólo espiritual sino físico. El poeta Rafael Alberti escribe sobre este Lorca de poco más de veinte años: “Tenía la piel morena, rebajada por un verde aceituna; frente ancha y larga sobre la que temblaba a veces un inmenso mechón de pelo negro”.

Otro poeta de su generación y andaluz como él, Luis Cernuda, lo evoca así: “Un poco murillesca la cara redonda y oscura sembrada de lunares, lacio y alisado el brillante pelo negro”.

Pero ¿y su carácter? Veamos la impresión que provoca en dos poetas que lo trataron de cerca. Uno, el ya citado antes, Rafael Alberti: ¿qué ve en él cuando habla, recita o representa?: “Una descarga como de eléctrica simpatía, un hechizo, una irresistible atmósfera de magia para envolver y aprisionar a sus auditores, se desprendían de él cuando hablaba, recitaba, representaba veloces ocurrencias teatrales, o cantaba”.

Y el poeta Vicente Aleixandre, compañero también de generación, y futuro Premio Nobel, testimoniaba su trato con estas palabras: “Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena; como un árbol furioso, ardiente en sus deseos, como un ser nacido para la libertad. En Federico se veía

sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida... Su corazón era como pocos, apasionado; amó mucho...”

Y a todas estas caracterizaciones se puede agregar la que el propio Lorca aplica a algunos grandes poetas y que en Andalucía la comparten los grandes artistas, toreros y auténticos cultivadores del *cante hondo*: el duende. Federico era un hombre y un poeta con duende, ese algo misterioso, indefinible, del que dice él mismo en una famosa conferencia, de 1930, titulada “Teoría y juego del duende”, que “hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre”.

Pero volvamos al Lorca de la Residencia de Estudiantes, en la que, por cierto, en 1930, pronuncia esa conferencia para decir que, durante su estancia en ella, muestra un ansia incontenible de vivir, de conocer gentes. Federico hace y tiene amigos en todas partes.

III

Otro acontecimiento importante en su vida tiene lugar en diciembre de 1927, el año de la generación de la que forman parte, además de los poetas ya nombrados, Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Gerardo Diego y José Bergamín.

García Lorca viaja ese año a Sevilla. El motivo —que ya es sintomático de la ruptura de esa generación con la poesía tradicional— es honrar en el tercer centenario de la muerte a un poeta del Siglo de Oro, Luis de Góngora, poco apreciado hasta entonces y que esta generación rehabilita en ese aniversario. El viaje de Lorca y sus compañeros de generación está patrocinado por un torero que también escribía y que fue gran amigo de Federico: Ignacio Sánchez Mejía. El torero amigo de los poetas murió trágicamente años después. Con este motivo, Rafael Alberti escribió un bello poema “Verte y no verte”, y Lorca le dedicó su gran elegía “Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía”.

El viaje a Sevilla y los actos en la bella ciudad andaluza constituyeron la afirmación pública de la generación poética del 27, que desde entonces ocuparía un altísimo lugar en la historia de la literatura en lengua española. Sevilla y sobre todo el Guadalquivir no dejan por otra parte de hechizar al granadino. Por ello, canta al río con esta seguidilla de Lope: “¡Río de Sevilla qué bien pareces, / lleno de velas blancas y velas verdes!”

IV

Otro acontecimiento importante en la vida y la obra de Lorca fue su primer viaje a América, a los Estados Unidos, en los primeros meses de 1929. Era la primera vez que salía de España y que entraba en relación con otro mundo. Pero, ¿qué mundo? El mundo deshumanizado del capitalismo en su más alta expresión. La impresión que produjo en el poeta, que ya había alcanzado, un año antes, las más altas cimas poéticas con su *Romancero gitano*, fue tremenda y esta impresión, hecha poesía, quedará fijada en su libro *Poeta en Nueva York*. Lorca no podía entender —él tan tierno, tan humano— aquella dura máquina de deshumanización, que eso era para él la ciudad de los imponentes rascacielos. Lo que encuentra Lorca en la ciudad supercivilizada es la barbarie. O como él escribe en uno de sus poemas:

Debajo de las multiplicaciones
hay una gota de sangre de pato;
debajo de las divisiones
hay una gota de sangre de marinero;
debajo de las sumas, un río de sangre tierna.

La supercivilización como vemos es puro cálculo: la industria y la técnica es un tejido de multiplicaciones, divisiones y sumas, bajo las cuales sólo hay gotas de sangre animal como la del pato, o humana, como la del marinero. Lo único que atrae a Lorca, fuera

de esa cruel deshumanización y mecanización de la vida humana, de su enajenación, como diría Marx, son los negros del barrio de Harlem. El encuentro de Federico con los negros es el encuentro del poeta en un mundo deshumanizado con la naturaleza propiamente humana. O dicho con sus propias palabras: "El negro que está tan cerca de la naturaleza humana pura y de la otra naturaleza. Ese negro que se saca música de los bolsillos".

Lo que afecta a Lorca tan humanamente no puede dejar de afectarle poéticamente. Y el resultado del choque lorquiano con ese mundo capitalista, supercivilizado y bárbaro a la vez, deshumanizado, mecánico, hueco, es el libro *Poeta en Nueva York* que escribe en el propio Nueva York, que no llega a publicarse en vida del poeta y que sólo aparece después de su muerte, en 1940, y precisamente en la editorial Séneca fundada en México por un exiliado y compañero de su generación, José Bergamín.

Relativamente poco duró su estancia en esa ciudad que tanto le sobrecogió, pues la abandona en la primavera de 1930, para dirigirse a La Habana que, a diferencia de Nueva York, le cautivó desde el primer momento. La Habana le permite reencontrarse con su Andalucía, pues como él dice en más de una ocasión, en La Habana se siente como si estuviera en Cádiz. Ahí conoce al gran intelectual cubano Juan Marinello y al poeta Nicolás Guillén, que siempre recordarán felizmente su encuentro con Federico y, sobre todo, lo recordarán como amigos incondicionales del pueblo español en la Guerra civil, después de su muerte.

Casi de regreso a España, Lorca es testigo del cambio histórico que significa la desaparición de la Monarquía y la instauración de la República.

En los cinco años que median entre la proclamación de la República (14 de abril de 1931) y la sublevación franquista (18 de julio de 1936), Lorca desarrolla una intensa actividad en diversos campos. Organiza y dirige el teatro universitario ambulante, La Barraca, que recorre numerosos pueblos de España, llevando a ellos lo mejor del teatro clásico español: Cervantes, Lope de Vega, Calderón. La Barraca llega a los rincones más apartados

y su público — como diría Federico — es “el público de obreros, gente sencilla de los pueblos, estudiantes y gentes que trabajan y estudian. A los señoritos y a los elegantes, sin nada adentro, a éstos no les gusta mucho, ni nos importa a nosotros”.

La actividad de Lorca al frente de La Barraca no frena su labor creadora, literaria, ni su actividad social, reafirmando así su sed de vivir y de hacer nuevas amistades. En 1933 estrena *Bodas de sangre*, que constituye su primer gran éxito como autor teatral. Vive intensamente dando conferencias, asistiendo a todo tipo de espectáculos y, sobre todo, escribiendo.

En 1933 hace su segundo viaje a América; esta vez a Argentina, donde es acogido triunfalmente al representarse su obra *El retablillo de don Cristóbal*. Allí inicia su amistad — otra vez el hacedor de grandes amistades — con el poeta chileno Pablo Neruda. Y en una escala a su regreso, en Río de Janeiro, se encuentra de nuevo con el escritor mexicano Alfonso Reyes, al que ya había conocido en Madrid.

V

Vuelto a España, en 1934 tiene lugar el estreno triunfal de *Yerma* que los reaccionarios intentan sabotear. Días antes del estreno, Lorca hace unas declaraciones a un periodista en las que, refiriéndose a la situación del teatro en España, afirma: “Yo espero para el teatro la llegada de la luz de arriba siempre, del paraíso. En cuanto los de arriba bajen al patio de butacas todo estará resuelto [...] Hay millones de hombres que no han visto teatro. ¡Ah, y cómo saben verlo cuando lo ven!” Y agrega: “Yo en este mundo siempre soy y seré partidario de los pobres. Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega”.

¡Quién sabe qué peso tuvieron estas palabras en su sentencia de muerte! Pero es evidente que no fueron ajenas a ella.

Llegamos así al año de la tragedia real de su vida: 1936. Pero de este año, o más bien del Lorca que vive y muere en él, nos

ocuparemos después. Ahora hagamos un breve recorrido por la parte de la obra de la que no hemos hablado aún.

VI

En realidad, se inicia con su *Libro de poemas* (1921), en el que Lorca ya da muestras de sus construcciones verbales inesperadas, de la presencia de un aliento popular y de una audacia sorprendente en sus imágenes. Su segundo libro, escrito también en 1921, es su *Poema del cante jondo*, en el que ya se encuentra la “Andalucía popular y del cante”, con los temas del amor y la muerte, con su fino erotismo, sutil, y el acento popular que reconoceremos claramente en su *Romancero gitano*. Veamos estos versos en los que reparte su amor por dos ciudades andaluzas:

Sevilla es una tarde,
llena de arqueros finos.
Sevilla para herir,
Córdoba para morir.

La creatividad poética que ya muestra espléndidas posibilidades va creciendo hasta alcanzar ese fruto granado, perfecto, que es el *Romancero gitano* (escrito entre 1924 y 1927). En él el poeta se sitúa angustiado ante una realidad social, agresiva y violenta: la Andalucía de las penas y los llantos. Para expresarla, Lorca, en plena afirmación de su genio poético, funde los hallazgos de la poesía más moderna con el aliento de la tradición popular andaluza. Y así se logran versos como éstos:

Soledad de mis pesares,
caballo que se desboca
al fin encuentra la mar
y se lo tragan las olas.

Las metáforas lorquianas no pueden ser más audaces y más modernas, como ésta con la que expresa la desesperación del amor de la gitana por su hombre ausente: “Yunques ahumados, sus pechos / gimen canciones redondas”.

Y, sin embargo, por alejadas que parezcan de su sustancia popular, ésta late en ellas. Recordemos otra famosa metáfora del *Romancero*: “El toro de la reyerta / se sube por las paredes”.

Como en las grandes metáforas, se crea una nueva realidad a partir de la realidad propiamente dicha. No hay tal “toro de la reyerta” sino como toro creado por Lorca. Pero así se comporta también el pueblo andaluz, creadoramente, cuando habla. Me tocó una vez oír a un campesino de Málaga expresar la idea de que, al caminar, se topó de pronto con un chorro de agua que brotaba de la tierra. Pero no me lo dijo en este lenguaje prosaico, sino así: “Y de pronto, saltó un toro de agua”.

Este “toro de agua” es tan poético, tan imaginario, tan creadoramente logrado como el “toro de la reyerta” de Lorca. Al nutrirse de la savia popular andaluza, Federico se enriquece poéticamente. Hace así una poesía muy moderna que le sirve para expresar tanto la realidad dramática de los gitanos en el campo andaluz como la supercivilizada que encuentra asombrado en su viaje a Nueva York.

En este lugar, el poeta se encuentra en “la ciudad suprema del capitalismo”, pero aquí el dolor y la angustia tienen otras raíces. Lo que la provoca es el poder omnímodo del dinero y la miseria que genera a manos llenas. Hay un claro tono anticapitalista, aunque pesimista. Pero de este viaje a la entraña del monstruo capitalista emana una actitud de repugnancia, pero también de denuncia al que Lorca no renunciará jamás.

VII

La obra de Lorca en los años de la República, de 1931 a 1936, es sobre todo teatral, y con ella levanta una montaña frente a la

mediocridad del teatro español de su tiempo, con la excepción de los esperpentos de Valle-Inclán. En esos años escribe su trilogía trágica: *Bodas de sangre*, *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba*. En todas ellas está presente el tema del amor, la represión y la violencia; pero el tema mayor es el de la libertad erótica perseguida y reprimida por las convencionales reglas sociales de la época. Y las víctimas son sobre todo las mujeres, aunque ellas, al interiorizar esas convenciones, contribuyen a forjar su propio destino trágico. Así pues, la opresión y la represión por un lado, y la libertad y la justicia por otro, dan su sustancia trágica a estas piezas de Lorca.

En estos años no produce tanta poesía como en los anteriores pero hay dos obras que, por su calidad poética, están a la altura de las cumbres del periodo anterior: el del *Romancero* y *Poeta en Nueva York*. Una es la motivada por la trágica muerte de su amigo, el torero, en la plaza: se trata —ya lo dijimos— del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejía*, escrita en el año fatídico de 1936. Lorca sentía por él una profunda amistad, enriquecida por su pasión por el toreo. Alguna vez Lorca había dicho que “el toreo es probablemente la riqueza poética y vital mayor de España, increíblemente desaprovechada por escritores y artistas. Creo que los toros es la fiesta más culta que hay hoy en el mundo; es el drama puro en el cual el español derrama sus mejores lágrimas y sus mejores bilis. Es el único sitio a donde se va con la seguridad de ver la muerte rodeada de la más deslumbradora belleza”.

La otra obra poética, escrita también el mismo año de su muerte, es *El diván de Tamarit*. En ella agrupa poemas amorosos angustiados, motivados tal vez por un amor oscuro, terrible, desilusionado, que en aquella época difícilmente eran aceptados; aunque no todos los poemas, como la “Gacela del niño muerto”, tienen esta motivación. Pero lo que sí puede afirmarse de todos ellos es que la expresión en el libro alcanza una calidad poética innegable.

Y con esto llegamos al tiempo de la España en el que la obra y la vida de un poeta, en su plenitud creadora, se van a quebrar trágicamente para siempre.

VIII

Lorca fue asesinado en Granada en la madrugada del 19 de agosto de 1936. Las fuerzas políticas y sociales a las que se brindó tan horrendo crimen eran las mismas que meses antes, en un acto de la Universidad de Salamanca, habían gritado por la boca de un general franquista: “¡Muera la inteligencia!” Así se había gritado para responder a una de las más altas figuras del pensamiento español, Miguel de Unamuno, quien les había lanzado allí mismo su dramática y flagelante predicción: “¡Venceréis pero no convenceréis!”

¿Cómo puede asombrarnos después de eso que un altísimo representante de la poesía española cayera asesinado en Granada, en “su Granada”, como diría otro gran poeta, Antonio Machado, aquel amanecer trágico en el que García Lorca vio por última vez la vega de su ciudad natal?

Se ha dicho y se ha repetido hasta la saciedad que fue un crimen absurdo, inexplicable, tomando en cuenta que Lorca nunca fue un militante político y que su actividad estaba consagrada fundamentalmente a faenas poéticas, teatrales y musicales que no tenían una relación directa con la política. Los franquistas, que durante largo tiempo trataron de rehuir toda responsabilidad en el crimen y, al final, a regañadientes, proclamaron que se trataba de un hecho lamentable que, sin desearlo, se había producido en una situación de guerra civil. Esta táctica de cometer crímenes y rechazar la responsabilidad o incluso de atribuirlos en ocasiones al adversario fue una práctica corriente durante toda la Guerra civil y aun después. Un ejemplo histórico de este cinismo fue lo sucedido en Guernica, la pequeña ciudad vasca santuario de sus tradiciones autonómicas de siglos, arrasada por la aviación nazi. Durante mucho tiempo, los franquistas proclamaron que fueron los “rojos” (republicanos en el lenguaje de ellos) los que habían bombardeado la ciudad.

En el caso de García Lorca, todo sucedió conforme a la lógica implacable de la guerra que libró el franquismo contra el régimen

legal, establecido contra la República y contra el pueblo español. Pero para comprender mejor esa lógica perversa es preciso que digamos algo de la España en que Lorca muere y de su actividad en ella.

IX

La España en que Lorca va a encontrar tan terrible desenlace —la España de la Guerra civil— se va incubando sobre todo desde los comienzos del año 1936. Era una España que no había perdido su ímpetu revolucionario desde la insurrección de los mineros asturianos de 1934, que fue aplastada por las tropas del ejército en las que ya tenía un puesto importante el general Franco. Después de la insurrección, la bandera de lucha de la izquierda fue la liberación de 30 000 presos. Y bajo esta bandera se agruparon todas las fuerzas de izquierda, el Frente Popular, y triunfaron en las elecciones de diputados del 16 de febrero de 1936. Pero las fuerzas sociales derrotadas, la derecha tradicional española, se prepararon desde ese momento para derribar a la República. Aunque sus manejos conspirativos fueron denunciados constantemente, el gobierno republicano —maniatado por sus escrúpulos legalistas— no se decidía a tomar medidas contra los conspiradores. Esto hizo que la agresividad de la derecha aumentara.

Me tocó vivir en Madrid esos meses. La tensión en la calle era constante. Los atentados y provocaciones de la derecha exasperaban cada vez más a los militantes de izquierda, ya que el gobierno se mostraba tímido e indeciso. Ante aquella amenaza creciente a la República, ya estaba claro para todos que nos acercábamos a una sublevación armada.

El 12 de julio de 1936 fue asesinado el joven teniente Castillo —de las fuerzas de seguridad llamadas guardias de asalto—, conocido por sus ideas democráticas. El cuerpo de oficiales de Madrid exigió al gobierno que tomara pronto las medidas adecuadas. Al día siguiente, cayó asesinado Calvo Sotelo, la figura

política más destacada de la derecha. Lo que ya estaba claro para todo el mundo era que la sublevación del ejército se avecinaba a pasos rápidos; el gobierno de la República, temeroso y pusilánime, se resistía a creerlo, y confiaba en la lealtad de los jefes militares que habían jurado fidelidad a la Constitución.

X

¿Qué hacía Federico García Lorca en medio de aquel terrible torbellino de amenazas, incertidumbre y violencia?

Volvamos un poco hacia atrás. Pocos días antes de iniciarse el año trágico, exactamente en diciembre de 1935, Lorca se encuentra en Barcelona, disfrutando de algo que para él ya era común y corriente: sus triunfos literarios. Se encontraba en Barcelona, donde se había presentado *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores* con un éxito clamoroso. Y, como dato curioso, en una entrevista de prensa que se le hace por esos días Lorca anuncia que va a hacer pronto un viaje a México con la gran actriz que había representado siempre sus obras, Margarita Xirgu. Como sabemos, este viaje nunca lo realizó. De haberlo realizado con la prontitud que anunciaba, tal vez no hubiera tenido el terrible fin que le esperaba en agosto del año siguiente. Pero, volvamos a la pregunta, ¿qué hace Lorca en la España caldeada, casi hirviente, de enero a julio de 1936?

El 6 de enero muere uno de los escritores españoles que más admiraba García Lorca: don Ramón del Valle-Inclán, asociado por su famosa novela *Tirano Banderas* con su estancia en México. El 9 de febrero se reúne Lorca con un grupo de escritores para celebrar el regreso de un viaje por América Latina del poeta Rafael Alberti, amigo de Lorca y compañero de generación poética. Lorca firma la convocatoria al acto que aparece en la prensa junto con Antonio Machado, León Felipe, Luis Buñuel y otros. Y Lorca es el que se encarga de ofrecer en ese acto el homenaje a Alberti. En él se lee con motivo de las próximas elecciones de diputados

un manifiesto de los escritores españoles contra el fascismo y de apoyo al Frente Popular. Fue en ese banquete donde yo conocí personalmente a García Lorca.

La tensión política sigue creciendo. Cada atentado la hace subir aún más. Un homenaje al novelista fallecido, Valle-Inclán, dos días antes de las elecciones del 16 de febrero, adquiere una clara significación política. Lorca interviene en este homenaje leyendo dos poemas que Rubén Darío había dedicado a Valle-Inclán.

Lorca, sin embargo, en medio de aquella tensión creciente no deja su actividad literaria. Pronuncia una conferencia sobre el *Romancero gitano*, el 7 de marzo, en San Sebastián. Y el 10 de ese mismo mes firma con otros escritores y artistas una presentación de la exposición "Picasso en Madrid".

Por aquellos días, el 1 de abril, firma Lorca también un manifiesto pidiendo la libertad del gran revolucionario brasileño Luis Carlos Prestes.

Vemos, pues, que Lorca, aunque no es miembro de ningún partido político, permanece sensible a lo que ocurre no sólo dentro sino también fuera de su país. Y pocos días después —los primeros de abril del 36— dice a un periodista del diario *La Voz de Madrid*: "La poesía es algo que anda por las calles..." Y agrega: "El día en que el hambre desaparezca va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la humanidad". Y de nuevo anuncia que va a ir a México con la actriz Margarita Xirgu a estrenar sus obras y dar una conferencia sobre Quevedo. No olvidemos que Quevedo fue siempre en su época la encarnación de la resistencia a los poderosos. Por ello, dice también al periodista: "Hablaré en México de Quevedo, porque Quevedo es España".

O sea, para Lorca, en un momento en que está en acecho un duelo mortal entre las dos Españas: la España inquisitorial, retrógrada, y la España que quiere ser libre, Lorca está con la segunda, es decir, con la España de Quevedo.

Sigue elevándose la tensión política pero Lorca no se deja arrastrar por el pánico y prosigue —como siempre— su intensa

vida de relación con escritores y su asistencia a éste o a aquel acto. Asiste así, en esos días de fines de abril, a un recital de la cantante negra María Anderson, en Madrid, que le fascina. A la salida del teatro se encuentra, de acuerdo con el clima que se vive, un amplio despliegue de policías y guardias.

El 22 de mayo asiste a un banquete que dan los escritores a tres de las más altas figuras de la literatura francesa — André Malraux, Lenormand y Jean Cassou —, banquete que tiene también una clara significación política a favor del Frente Popular.

El 24 de junio (nos vamos acercando a las fechas trágicas del día de la sublevación, 18 de julio, y del día de su muerte, 19 de agosto), Federico García Lorca hace la primera lectura de su tragedia teatral —la última que escribirá— *La casa de Bernarda Alba*, que completa las dos ya estrenadas con enorme éxito: *Bodas de Sangre* y *Yerma*.

Poco antes de que termine el mes de junio habla con su amigo el diplomático chileno Carlos Morla, el cual hace constar en su diario que Federico le “confía que se irá dentro de pocos días a ‘su Granada’...” Y agrega: “Quizá es posible que vaya a América en seguida —si le da tiempo— para volver al estreno de su obra, previsto para el mes de octubre”.

Pero como sabemos, Lorca nunca haría ese viaje que le habría salvado la vida y nunca vería el estreno de su última obra *La casa de Bernarda Alba*. Como vemos, Lorca es consciente de todo lo grave que está ocurriendo, y por ello agrega con un suspiro, según cuenta su amigo: “Lo malo que hay es que todo resulta muy incierto con esta vida que llevamos en España sobre un volcán en ebullición perpetua”.

¡Volcán en ebullición! Eso era ciertamente España al comenzar el mes de julio. El 15 de julio, García Lorca, sin embargo, hace una nueva lectura de *La casa de Bernarda Alba*. Desde el 13 de julio, en que apareció muerto Calvo Sotelo, todo el mundo espera la sublevación de un momento a otro. Uno de los asistentes a esa lectura, el poeta y amigo de Federico, Dámaso Alonso, ha dejado un testimonio de esa reunión. “Federico se muestra ya

impaciente por salir para Granada. Tal vez piensa que allá entre los suyos correrá menor peligro que en Madrid”.

Al día siguiente, come con otro amigo, Rafael Martínez Nadal, quien lo ve preocupado por la tensa atmósfera política que impera en Madrid, e intenta convencerle, sin embargo, de que se quede en la capital, pues aquí estaría más seguro que en Granada. Pero no le convence y aquella misma noche —el 16 de julio— sale Federico para Granada. Al día siguiente, el ejército se subleva en Marruecos; el 18, en la península. La Guerra civil ha comenzado. Desde ese momento no se vuelve a tener noticia alguna de Federico.

Yo personalmente me enteré de su muerte pocos días después, ese mismo mes de agosto en Málaga, que era la capital más cercana al frente de Granada. Nadie quería creerlo, pero hoy ya sabemos que Federico, temiendo por su vida, se refugió en casa del poeta Luis Rosales, cuyo hermano era falangista. Pero, con todo, fue detenido y a pesar de los esfuerzos del poeta Luis Rosales, de su hermano y del gran compositor Manuel de Falla, fue fusilado el 19 de agosto. Hoy sabemos que, aunque fue detenido estando ausentes de la casa los hermanos Rosales, todo fue el producto de una fría y calculada decisión de las autoridades franquistas.

XI

¿Qué es, pues, lo que explica esta muerte para muchos absurda, inexplicable? Fue —como decíamos al comienzo— una manifestación de la lógica implacable del fascismo, en virtud de la cual se cometieron crímenes y crímenes, a veces por el “delito” de haber votado en las elecciones por el Frente Popular, o por el simple hecho de pensar por cuenta propia. Lorca —como hemos señalado— no era político ciertamente; nunca la política ocupó una parte importante en su vida. Pero —como hemos visto en sus expresiones públicas y como se desprende de su obra—, fue siempre un hombre sensible a los sufrimientos de su pueblo. No

podía concebir, por ello, el cómodo aislamiento, el cierre de sus oídos. Y era sensible a los latidos del pueblo como hombre y como poeta. Por ello vinculaba la explosión espiritual más alta que la humanidad puede conocer a la desaparición del hambre, es decir, de las condiciones sociales que hacen imposible esa explosión.

Al honrar hoy la memoria de Federico García Lorca, 53 años después de su trágica muerte, honramos con ella al pensamiento, al arte por cuyas venas corre — como Lorca corría por las venas — la sangre más pura de los hombres y de los pueblos.